

## Tribuna Abierta

POR IÑAKI GONZÁLEZ (\*)

## El gran esqueleto europeo

EL periodo estival no suele ser momento propicio para profundas reflexiones existenciales y hablar de grandes principios de modelo social en estas fechas es casi una ingenuidad. Si durante el resto del año reaccionamos con adormecimiento social a los acontecimientos que nos sacuden, el verano parece condenarnos a la abulia individual y colectiva. Sin embargo, un suceso terrible siempre será motivo para un esfuerzo de reflexión. Noruega ha abierto los ojos de toda Europa a su pesadilla atávica; las decenas de muertes provocadas por un odio irracional a lo ajeno que ha sido capaz de tomar venganza en lo propio nos obligan a mirar a las cuevas vacías del esqueleto que Europa escondió en su armario más olvidado.

El fascismo tiene muchas formas aún hoy en Europa y sigue alimentándose del miedo al diferente y de un cínico sentido del derecho propio y las obligaciones ajenas. No se diferencia, si le hacemos comparar probeta en el análisis, del fundamentalismo religioso y su expresión violenta, que tiene ejemplos en todo el mundo y todas las religiones. El integrismo musulmán, los movimientos salafistas, que no dejan de ser la forma que el pensamiento fascista de imposición de modelos de severo control social ha adquirido en la tradición islámica, se ha revelado útil para construir en las sociedades occidentales la excusa para sustanciar nuestro propio fenómeno fundamentalista. Pero en Noruega ese discurso ultraderechista no ha arremetido con-

tra la diferencia racial o religiosa sino contra el adversario intelectual porque la pugna del fascismo, antes que con otros modelos de pensamiento radicados extramuros, es con el pensamiento democrático más cercano.

El asesino Anders Breivik no es el instrumento de delirio de una cruzada religiosa en defensa de los valores culturales y religiosos europeos frente a la amenaza extranjera. Su enemigo comparte derechos y obligaciones sociales, etnia y tradición cultural. Es la mayoría intelectual progresista que lidera políticamente su país. Los jóvenes socialdemócratas noruegos abatidos al grito de "merecéis morir todos" están correctamente identificados por su asesino como el principal enemigo de su proyecto político. El freno interior, la reserva intelectual europea de nuevas generaciones formadas y capacitadas constituye nuestra garantía de supervivencia del ideal librepensador europeo frente al nuevo fascismo, que es el viejo.

Se cumplen 75 años del inicio de la guerra europea entre el fascismo y la democracia. Aquella que empezó en 1936 travestida de cruzada española por los valores cristianos más tradicionales. El fascismo español necesitó someter por las armas la legalidad para imponerse, pero en Italia y Alemania fue la elección de una mayoría social coyuntural que se entregó al mensaje populista de la época. Ese populismo está hoy en muchos discursos contemporáneos. Agitando temores y señalando culpables. El fanático Breivik comparte aquella arrogancia

mesiánica: tiene opinión sobre todo, juzga y reparte culpas a lo largo y ancho del orbe. Acusa y condena a todo pensamiento que se separa de su ortodoxia. Sus reflexiones sobre el Gobierno socialista español no tienen desperdicio.

Habla Breivik de la rendición de Zapatero a los intereses musulmanes. Habla de que obtuvo el poder gracias a Al Qaeda. Habla de una política de inmigración que ha dado lugar a un efecto llamada. Habla, si lo pensamos bien, por boca de ganso. Repite argumentos que ha podido escuchar, leer y digerir directamente de la política española. Son acusaciones que componen el discurso más exacerbado de tertulias guerracivilistas y nostálgicos del viejo régimen y sus valores nacionales. Pero también las encontramos en la crítica sostenida durante los últimos ocho años por otra derecha con vitola de democrática que se ha ocupado de no descuidar su flanco extremo, consciente del caudal de voto popular y populista.

Europa se debate entre la necesidad de sobrevivir económicamente a costa de renunciar al modelo de estado social o asumir un duro tránsito de sacrificio sin que nadie quede atrás. Y ese, que es el verdadero nudo gordiano del futuro del continente, no tiene su tabla de salvación en el discurso maniqueo de la extrema derecha. Aunque tampoco lo tiene en el buenismo genético de la izquierda que hasta la fecha no ha aportado soluciones a la incapacidad de los sistemas europeos de protección para absorber sin fin a millones de inmigrantes dependientes del subsidio para

sobrevivir en un primer mundo que hoy se cuestiona su capacidad de seguir siéndolo.

El cóctel alimenta el populismo porque allí donde los partidos de más honda tradición democrática no han sabido o no han querido entrar, campan a sus anchas los discursos más fáciles de digerir porque no apelan a la responsabilidad individual de los propios en las soluciones de los problemas sino a una presunción de culpas ajenas que acaba por arrasar con los principios de solidaridad e

igualdad. La tragedia de Noruega apela directamente a la obligación del conjunto de los europeos de superar nuestro terror a la amenaza económica inmediata.

Lo contrario será correr a los autos de fe de los nuevos inquisidores, participar en el linchamiento público de principios de democracia e igualdad que tuvieron su origen y están en el ADN de la tradición política europea. Que están en el pensamiento cristiano humanista al que se apelaba en el frustrado proyecto de Constitución Europea y no en ese otro concepto excluyente y patrimonialista de la cultura y las libertades que el pensamiento de extrema derecha agita hoy en todo el continente. Esa amenaza disfruta de la ventaja de unas bases de discurso comunes que ni la vieja socialdemocracia ni el centro heredero de la democracia cristiana han sabido aún frenar. Enzarzados en debates de izquierda y derecha que ya no dan respuesta a la necesidad de progreso sostenible, se nos cuele un populismo que desnaturaliza esos principios, los manipula y los somete a un proyecto cuyo objetivo es el poder, su conservación y ejercicio *per se*.

Y en las últimas décadas hemos cometido el error de despreciar esa voluntad y hemos olvidado que su fundamento es manipular a grandes masas sociales. Le hemos dado la espalda pensando que bastaba no mirar a la cara al fascismo, ese gran esqueleto que esconde el armario europeo, para que dejara de estar ahí.

\* Periodista

**El enemigo de Breivik no es el extranjero, sino la mayoría intelectual progresista que lidera políticamente su país**

**La amenaza disfruta de una ventaja que ni la vieja socialdemocracia ni el centro democristiano han sabido frenar**

LA participación de Bildu en política presentaba la novedad de que quienes de algún modo habían apoyado –o al menos justificado– el uso de la violencia como medio realizaban una apuesta organizada y pública por vías exclusivamente políticas y democráticas para defender sus proyectos políticos. El apoyo social obtenido en las urnas les dota de legitimidad y la importante presencia institucional conseguida les coloca en una situación inmejorable para hacer visible el alcance real de su opción, más allá de una declaración de intenciones para el futuro.

Necesitamos un futuro mejor del que ETA nos ha ofrecido durante estos años: muerte y dolor. Esta sociedad necesita recomponerse, mirar hacia adelante, sí, pero no podemos hacerlo como si no hubiera pasado nada. No se puede crear futuro sin aprender del pasado y sin corregir los defectos creados. Esto no significa poner piedras en el camino del fin de la violencia. Al contrario, no se pueden dar pasos firmes sin asumir nuestro pasado y actuar en consecuencia.

Todos estos años de violencia que hemos soportado, lo fueron porque algunos miembros de nuestra sociedad optaron libremente por utilizar esta perversa herramienta para tratar de imponer sus proyectos ata-

cando directamente a algunos y amenazándonos a todos. Por otra parte, la persistencia del terrorismo fue posible porque parte de la ciudadanía durante años apoyó este modo de actuar, justificando y contextualizando el uso del terrorismo. Las consecuencias han sido muy trágicas. En primer lugar, las víctimas directas y sus familiares –dolor insufrible e injusticia imposible de reparar–, pero además la violencia ha impregnado nuestra sociedad y ha pervertido los valores que deberían imperar en una sociedad democrática. Todos los aspectos de la realidad, el lenguaje, nuestras fiestas, las reivindicaciones sociales o el modo de relacionarnos han resultado condicionados y contaminados. Pensar en el futuro necesariamente requiere no sólo una revisión crí-

tica del pasado, sino también una clara depuración de toda la perversión que ha causado la violencia en nuestro entorno.

Hay una realidad que nos interpela y a la que hemos de dar respuesta si queremos construir un futuro en paz y libertad, que reconozca la pluralidad de los miembros de esta colectividad y las diversas maneras de entender la realidad. Por eso esperábamos y seguimos esperando algo más allá de declaraciones evasivas o dilatorias.

El fin de esta historia de muerte y dolor llegará cuando ETA desaparezca. Es su decisión. No depende de nosotros. Aún no ha dicho nada y seguimos esperando. Pero el resto sí tenemos trabajos pendientes. El Estado, si bien no debe hacer nada extraordinario para atajar el

final del terrorismo, sí debe defender más el Estado de Derecho y asegurar su correcto funcionamiento y el respeto a los derechos de todos sus ciudadanos. A la mayoría de la ciudadanía, nos corresponde continuar reclamando a ETA que desaparezca porque no aceptamos su amenaza, ni el chantaje que nos plantea permanentemente. Queremos ser libres y vivir en libertad. Abandonar esta exigencia significaría que claudicamos ante la tiranía de quienes pretenden imponerse por las armas y que nos inhibimos ante las consecuencias de tanta sinrazón.

Pero de quienes esperamos mucho más y quienes tienen un papel especialmente relevante en este momento es la izquierda abertzale civil. Ellos nos han querido hacer creer que han realizado una apuesta clara y firme por la política y la democracia abandonando el uso de la violencia, pero *además de ser, hay que parecer* y esto significa que ineludi-

blemente tienen que recorrer un camino. En primer lugar, tienen que exigir a ETA que desista de su empeño de erigirse en garante de ningún proceso político y, por supuesto, que debe desaparecer lo antes posible. No hay excusas ya. Y, en segundo lugar, deberán llegar a hacer una lectura crítica del pasado hasta llegar a concluir que no hubo ninguna razón que justifique tanto dolor. Los tiempos los marcan ellos, pero el camino que tienen que recorrer es claro y diáfano. Para hacer un futuro libre, justo y digno, hay que condenar un pasado lleno de injusticias, dolor y vergüenzas y hay que aprender de todos los errores cometidos. Por desgracia, no se empieza de cero, sino con muchísimo dolor en las alforjas.

La violencia no tiene futuro e, incluso, sus protagonistas parece que han comprobado la absoluta incapacidad para crear futuro a través de ella. El respeto, la tolerancia, la convivencia entre distintos, la libertad, la justicia, son fundamentos de nuestro futuro trabajados por quienes apostamos exclusivamente por las vías políticas y democráticas. Contra ellos el terrorismo ha luchado 50 años. Esos fundamentos son nuestro futuro. La izquierda abertzale tiene la palabra.

\* Gesto por la Paz

## Tribuna Abierta

POR INÉS RODRÍGUEZ (\*)

## Tienen su oportunidad

**Deberán llegar a hacer una lectura crítica del pasado; los tiempos los marcan ellos, pero el camino es diáfano**